

con ese inmenso cariño que inspira el recuerdo de un gran día de la vida, en que no sólo se me devolvió una merced que juzgaba perdida, sino que me cupo la gloria de ver de cerca y estrechar la diestra á un grande hombre.

IV

Causa de la guerra de Intervención. — La figura de Félix Díaz. — Otro rasgo de Juárez.

En 1861 y con fecha 17 de Julio, se expidió una ley que organizaba el cobro de impuestos y el pago de las deudas de la República.

Conforme á esa ley, el Gobierno percibía todo el producto líquido de las rentas federales, deduciéndose tan sólo los gastos de las oficinas recaudadoras y de sus dependencias, por dos años, todos los pagos, incluso el de las asignaciones destinadas para la deuda contraída en Londres, y para las convenciones extranjeras.

La ley, discutida en el Congreso, fué promulgada por Juárez y su ministro de Hacienda, don José Higinio Núñez, financiero tan inteligente como honrado, que conjuró muchas veces, con medidas enérgicas y con habilidad rara, las crisis que eran frecuentes por aquellos calamitosos tiempos.

Esa ley del 17 de Julio, motivó «la convención

de Londres», firmada el 31 de Octubre del mismo año (1861).

Era la alianza de tres potencias; Inglaterra, á cuya Reina representó, al firmarla, el conde Roussell, par del Reino Unido y primer secretario de S. M., encargado del despacho de Relaciones Exteriores; España, á cuya Soberana (Isabel II) representó don Xavier de Istúriz y Montero, senador del Reino y ministro en Londres; y Francia, á cuyo Emperador (Napoleón III) representó el conde de Flahant de la Billarderie, senador, general de división y embajador extraordinario cerca de Su Majestad Británica.

* * *

Por esa convención se comprometieron las tres naciones á enviar desde luego á las costas de México fuerzas combinadas de mar y tierra, cuyo conjunto fuera suficiente para poder tomar y ocupar las diversas fortalezas y posiciones militares del litoral mexicano.

En el artículo 2.º, los tres soberanos se comprometían á no buscar para sí, al emplear las medidas coercitivas, ninguna adquisición de territorio en ventaja alguna particular y á «no ejercer en los asuntos interiores de México, nin-

guna influencia que pudiera afectar el derecho de la nación mexicana, de elegir y CONSTITUIR LIBREMENTE LA FORMA DE SU GOBIERNO.»

Se prevenía el establecimiento de una comisión, compuesta de tres miembros, uno de cada potencia, facultados plenamente para resolver todas las cuestiones, con motivo del empleo ó de la distribución de las sumas que se cobraran en México, teniendo en consideración los derechos respectivos de las naciones contratantes.

Se invitaba á los Estados Unidos para que celebraran y firmaran una convención idéntica, advirtiéndole que para no retardar la ejecución de los artículos 1.º y 2.º, si esperaban la adhesión del Gobierno de Washington, convenían en no diferir el principio de las operaciones, más allá de la época en que pudieran estar reunidas sus fuerzas combinadas, en las cercanías de Veracruz.

* * *

Como todo estaba arreglado de antemano, pronto aparecieron frente á nuestras costas los barcos de guerra que constituían la escuadra española, que fué la que llegó primero á nuestro Golfo.

Recuerdo confusamente, pues fué una impresión de mi infancia, la inquietud, el sobresalto,

el entusiasmo de algunos y el abatimiento de otros, cuando se supo con toda certeza que el general don Juan Prim, conde de Reus, que tenía el mando de la escuadra, había desembarcado en Veracruz.



D. Juan Prim

Por todas partes se hablaba de sus recientes victorias en Africa, y no era raro encontrarse á menudo con cuadros representando los episodios de esa guerra, y especialmente aquel en que aparece Prim diciendo á sus tropas, antes de un asalto:

«Llegó la hora de morir por la Patria, y honor no tiene quien morir no quiere.»

O aquel otro en que les gritaba:

«Soldados: podéis abandonar esas mochilas, porque son vuestras, pero no esta bandera, porque es de la Patria! ¡Seguidme! ¡Seguidme! ¡Viva la Reina!»

Escuchábanse por todos lados encomios de las altas clases, al valiente, al bizarro conde de Reus; pero el pueblo, defensor legítimo del suelo patrio, sonreía desdeñosamente, y pensaba en el grito con que Hidalgo lo despertó en 1810.

* * *

La figura de Prim, si hoy es grande y querida para España, no es menos grande para México.

Él firmó, es cierto, con Charles Lemea Wyke y Hugh Doulop, representantes de Inglaterra, y con Jurien de la Gravière y Dubois de Saligny, representantes de Francia, el manifiesto en Veracruz (10 de Enero de 1862), excitando á los mexicanos á que se entregaran sin temer nada, y, «con la mayor confianza, á la buena fe y rectas intenciones» de los aliados; pero cuando conoció la perfidia de Napoleón III y la falta de autoridad y fuerza del partido intervencionista, convenció á los representantes de Inglaterra, y se reembarcó con las tropas españolas.

No le importó al heroico soldado que los franceses se desataran contra él, y dijo en una carta al banquero don José de Salamanca, que su conciencia le aprobaba volverse á España con sus soldados, pues no podía hacer otra cosa, «so pena de faltar á sus deberes como funcionario, como español y como hombre leal.»

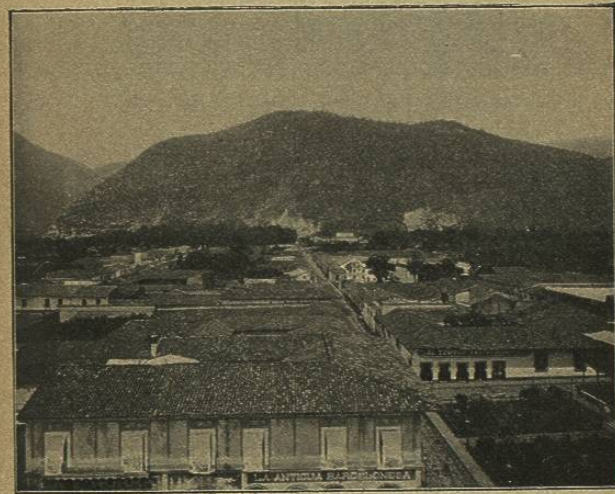
* * *

Juárez había procedido con la prudencia y con la honradez que le distinguieron siempre. En los tratados de la Soledad, los representantes de las potencias protestaron que nada intentarían contra la independencia, soberanía é integridad de la República; que se abrirían las negociaciones en Orizaba, concurriendo los tres comisarios y dos de los ministros del Gobierno Constitucional.

Se permitía (artículo 3.º) que durante las negociaciones, las fuerzas de las potencias aliadas ocuparan las tres poblaciones de Córdoba, Orizaba y Tehuacán, con sus radios naturales, para librar de la fiebre amarilla á los soldados, y, sobre todo, prometieron bajo su honor lo siguiente:

4.º Para que ni remotamente pueda creerse que los aliados han firmado estos preliminares

para procurarse el paso de las posiciones fortificadas que guarnece el ejército mexicano, se estipula que, en el evento desgraciado de que se rompiesen las negociaciones, las fuerzas de los aliados «desocuparán las poblaciones antedi-



Vista de Orizaba

chas, y volverán á colocarse en la línea que está delante de dichas fortificaciones en rumbo de Veracruz, designándose como puntos extremos principales, el Paso Ancho, en el camino de Córdoba, y Paso de Ovejas en el de Jalapa.»

Y Prim y el Almirante inglés cumplieron fielmente su palabra, cuando las negociaciones

se rompieron, y sólo los comisarios de Napoleón III, sin respetarla ni sostenerla, ordenaron que sus tropas no se movieran de la posición ventajosa que por su generosidad se les había concedido, y que avanzaran en son de guerra sobre la capital de la República.

* * *

La noticia cundió en México con la velocidad del relámpago. Juárez organizó la defensa, con un ejército que desde luego guardaría la línea de Oriente, y que se puso al mando del general José López Uruga.

Eran poco más de once mil hombres en Noviembre de 1861.

La segunda división la mandaba el general Ignacio Zaragoza, y la tercera el general Ignacio Mejía, teniendo por mayor General al general Porfirio Díaz.

Del uno al otro extremo de la República se despertó un entusiasmo inconcebible, que en Oaxaca y en Nuevo León no tuvo límites.

En la capital se formaron batallones de Guardia Nacional, de empleados, de comerciantes, y uno de jóvenes acomodados, que eligieron un uniforme igual al de los zuavos franceses y se denominaron: «Zuavos de Tenoxtitlán.»

Todavía entre mis recuerdos de niño, surgen las arrogantes figuras de aquellos jóvenes, en cuyos elegantes *festes* rojos brillaban las iniciales Z. T.

Muchos de ellos eran de los que hoy denominamos en México «lagartijos» y en Madrid se llaman «gomosos».

Brillaban con sus nuevos y vistosos uniformes, que lucieron por las calles durante breve tiempo, llegando á perderse de vista después tan completamente, que su ausencia dió lugar á que se pusieran pasquines preguntando:

¿Qué se hicieron? ¿dónde están
aquellos jóvenes bravos
que se llamaban ¡los zuavos!
de la gran Tenoxtitlán?

* * *

Un hecho glorioso inició la lucha. La heroica conducta del general Prim merecía todas las atenciones del Gobierno, y se pusieron á su disposición carruajes para que fuera de Orizaba á Veracruz, con su esposa, la condesa de Reus, mexicana de nacimiento, y su Secretario, el coronel Milans del Bosch.

El 19 de Abril de 1862, á las cuatro de la tarde, cerca del pueblo llamado el Fortín, un capi-

tán de Estado Mayor francés, de apellido «Capitán», que mandaba un pelotón de vanguardia, se encontró un destacamento de caballería mexicana, que se le opuso al paso, con el fin de impedir que la columna avanzara. Capitán pidió un refuerzo, y se arrojó sobre nuestros soldados, con los cazadores de Africa, que, sable en mano, se encontraron á poco con la escolta que custodiaba el coche del general Prim.

La condesa de Reus se alarmó mucho, y entonces el jefe de la escolta, que la vió pálida y trémula, le dijo con resolución y entereza:

— No hay cuidado, señora; yo voy cubriendo á usted con mi persona; son éstos los primeros disparos de los franceses, y me tocarán á mí antes que á usted y al General.

— Sacó Prim la cabeza, y al reconocer al jefe mexicano, le tendió la mano, exclamando:

— No sabía yo que nos guardaba aquel valiente á quien abracé felicitándolo, cuando, con un puñado de soldados, detuvo el paso á todo el ejército expedicionario.

Aquel valiente era el coronel don Félix Díaz, y el hecho á que se refería Prim fué el siguiente:

Cuando el tratado de la Soledad autorizó á ingleses, franceses y españoles á pasar á Córdoba, el coronel Félix Díaz, que estaba en el ca-

mino, ignoraba esta circunstancia, pues no se la habían comunicado, y de pronto vió venir á toda la legión extranjera.

Sin amedrentarse, ordenó á sus pocos soldados que combatieran y murieran con él antes que consentir el paso á los invasores.



D. Félix Díaz

Prim, que se enteró de todo esto, envió un emisario con bandera blanca para que explicara al coronel Félix Díaz que estaban autorizados para internarse, y que era inútil que se resistiera, pues ellos eran muchos, y al primer impulso lo desbaratarían.

— Diga usted al general Prim, que ni cuento el número ni mido el peligro. Mi deber es morir en mi puesto, y él y sus soldados pasarán sobre mi cadáver, pero no mientras me quede un hombre y una bala en mi revólver.

Prim, al recibir esta respuesta, exclamó:

— Un valiente así merece el respeto y la admiración de todos nosotros.

Y ordenó que la inmensa legión hiciera alto, sufriendo el sofocante calor de la costa, mientras se arregló que el Gobierno mexicano, por los conductos legales, ordenara al coronel Díaz que se les permitiera el paso.

Y cuando Prim llegó al sitio que con tanta heroicidad defendiera Díaz, y encontró á éste en su puesto, bajó del caballo y fué á darle un abrazo, felicitándolo por su admirable comportamiento.

* * *

El día 28 de Abril de 1862, el ejército francés, al mando del general Laurencez, se situó en Acultzingo. En «las cumbres» estaban nuestros soldados.

Hubo en el encuentro de los contendientes, actos de heroísmo sublime.

Así como el coronel Félix Díaz, con cuarenta hombres, contuvo el empuje de doscientos caza-

dores de Africa, con otros tantos zuavos á la grupa, el general Porfirio Díaz, á la cabeza de la Gran Guardia y del Escuadrón de Lanceros de Oaxaca, evitó que todo el ejército francés, formidable y amaestrado en los combates, destruyera los débiles elementos con que allí contaba la patria.

Cuando en la capital se supo que ya se habían roto los fuegos, los estudiantes de los Colegios nacionales de Minería, Agricultura, San Ildefonso, Medicina, San Juan de Letrán y Academia de Bellas Artes, se reunieron en la Alameda, pronunciaron discursos y poesías llenas de entusiasmo y decidieron, alentados por Joaquín Villalobos, ir á ver al Presidente Juárez, para explicarle sus deseos y sus sentimientos.

Acompañados de centenares de hombres del pueblo, llegaron á Palacio, invadieron el patio de armas, subieron las escaleras y entraron al Salón de Embajadores.

Antonio Méndez, Ignacio Ortuño, Gabriel Alatraste, Mariano Sáenz, José María Zaragoza (hermano del General), y Guadalupe Rocha, colegas de Minería, que formaban el grupo de vanguardia, nombraron á Miguel Lerdo de Tejada, hijo del gran estadista, para que hablara en nombre de todos delante del Presidente.

* * *

Apareció Juárez, solo, y la multitud lo aplaudió con entusiasmo.

Restablecido el silencio, dijo Miguel Lerdo:

«Señor Presidente: La juventud pensadora, afligida por los ultrajes que el ejército francés está haciendo á nuestra patria, viene á pedir á usted, que expulse de la ciudad de México á los franceses residentes en ella, y que considere á cada estudiante como un soldado para defender la dignidad y la integridad de la República.»

Juárez clavó los ojos en el joven que le había dirigido la palabra, y contestó tranquilamente:

«Mucho me satisface que la juventud no sea indiferente á lo que sucede en estos momentos, y voy á exponer con franqueza lo que creo conveniente en el caso.

»Los franceses que residen en México son hombres de trabajo: comerciantes, agricultores, banqueros, que contribuyen al bienestar general, y viven pacíficamente. Expulsarlos sería injusto, y el Gobierno no comete injusticias.

»La oferta de la juventud sí la apruebo y la aplaudo, y ya mando que se abra en la ciudadela un registro en el cual inscriban ustedes sus nombres, y que se les proporcione á cada uno un fusil, y los den de alta en los cuerpos del Ejército, para que vayan á la defensa de la patria.

»Jóvenes, agregó esforzando la voz, hay que

expulsar á los franceses que están en Acultzingo, y que vienen sobre Puebla, no á los que aquí viven de su trabajo.

»Alistaos para eso, y yo, desde ahora, os felicito en nombre de la Nación, que premiará vuestros servicios.»

Y con el mayor orden salió del Palacio aquel inmenso grupo, vitoreando á la República.

Sitio y defensa de Puebla en 1863. — González Ortega y el ejército de Oriente. — Firmeza de Juárez.

De lo que fué el sitio de Puebla en toda su grandeza épica, hasta ahora podemos con imparcialidad darnos cuenta, pues han transecurrido cerca de cuarenta años, y ha amenguado un poco el hervor de las pasiones de partido.

Los contemporáneos prodigan encomios ó denuestos; levantan ó abaten á los personajes que culminan; los dignifican con un *hossanna* ó los befan con un grito de muerte; pero la fría posteridad les hace justicia.

La defensa de la plaza de Puebla, digámoslo mejor, de la ciudad de Zaragoza, estuvo encomendada al general Ortega, jefe del Cuerpo del Ejército de Oriente.

Al través de la bruma de los recuerdos de la infancia, la figura de ese guerrero se destaca y surge, tal como pasó algún día delante de mis ojos: arrogante, marcial, simpática para el pueblo que se entusiasmaba contemplándola.